

# GITTES Y MENORCA

Por M. A. COLOMAR

Las primeras interpretaciones de que es objeto un paisaje le infunden unas características que devienen a lo largo del tiempo en tópicos difícilmente soslayables. No importe citar nombres y ejemplos; saltarán a la memoria de cualquier lector medianamente informado. . . . A la interpretación del paisaje mallorquín, dada por Gittes le ha sido opuesto con harta frecuencia— por individualidades y grupos cuyos gustos «merecen palos», en nuestra modesta opinión.—La objeción siguiente: «Esta no es la luz de Mallorca. . . .» La luz de Mallorca, por lo visto, la crearon Degouwe, Mir, Anglada y la pléyade suramericana pseudo-impressionista; que durante cerca de cuatro lustros se empleó obstinada e ininteligentemente en el afianzamiento del tópico de la *Isla Dorada*. Los pintores argentinos y nuestro «Fomento del Turismo», en este sentido, han realizado una labor bastante perniciosa. Nunca el talento pudo ser efizcamente suplido por la buena fe. Y desde entonces acá la más leve disidencia ha venido siendo relegada mayoritariamente a la condición de nefasta heterodoxia. Habían pasado por Mallorca—recreándola, naturalmente, a su imagen y semejanza—Anglada, Mir, Degouwe, etc., y en otro plano muy

inferior Bernareggi, los dos Cittadiniss (el retórico de «La herida de la montaña» y el equilibrado impresionista de hoy) Vecchioli, Ramos, Bellini... La vácuca revolución de cadmios, bermellones y amarillos de cromo en que se inmovilizara el pseudo impresionismo español y suramericano post-sorollista, con una colaboración que va desde el áureo Rubén al plúmbeo señor Salaverría, erigían y blindaban un tópico que debía dificultar en lo sucesivo cualquier limpio e inteligente esfuerzo de correlación entre el propio espíritu y el paisaje externo, entre lo subjetivo y lo objetivo, que es indeclinable condición de la auténtica obra de arte y único camino viable para la exteriorización formal de la propia personalidad... Archie Gittes ha realizado, en este último sentido, uno de los más puros, nobles y fructuosos esfuerzos.

Las formas no son ciertamente, la esencia del Arte; pero sin ellas no es concebible el Arte, por cuanto constituyen sus signos exteriores, su medio de expresión. Mas allá de las formas están el caos, el infierno, el limbo... Las formas mueren por la sombra... y pueden morir por la luz. La excesiva claridad deslumbra y ciega, y es demoníaco pecado de orgullo pretender traspasar los límites que originalmente le fueron impuestos al hombre. La razón apurada hasta el extremo conduce a la sinrazón; la luz llevada a su límite de intensidad en nada se diferencia de la sombra...

Entre Mallorca y Gittes se interpone, como en los peores folletines franceses, un obstáculo *insalvable*—más exactamente, un *profundo abismo*, como diría el señor Gaboriau:—el tópico de la *Isla Dorada*, largamente elaborado con los concursos mencionados y que halaga al mallorquín medio como halaga al gaditano medio que designen a su ciudad con el mote de *Tacita de Plata*...

Gittes ha pintado a contrapelo. La fidelidad que todo artista se debe a sí propio le han vedado cualquier claudicación, y la inmediata consecuencia ha sido el reiterado fracaso económico de cuantas exposiciones pictóricas ha venido celebrando en Ma-

llorca. Y por lo que afecta a Gittes, el buen burgués que compra algún cuadro de vez en cuando, no carecía de información respecto al merito y calidad del artista, su obra había merecido, sin excepción, el encomio de la crítica y en cuantos certámenes había sido exhibido habíansele otorgado los galardones máximos. Pues, a pesar de ello... Ni un cuadro vendido, ni un ofrecimiento casi... Lo cual no era obstáculo para que a la mañana siguiente artistas mediocres—y su propia mediocridad me releva de citar nombres—consiguieran éxitos de venta realmente compensadores.

Archie Gittes, en Menorca, se ha encontrado con un paisaje casi virgen. «Lo mejor de mi obra—me escribía desde Ciudadela—lo deberé acaso al paisaje menorquín; su recatada sencillez me habla directamente sin teatralería, sin efectismo, sin monumentalidad, sin tradición, casi». Sin una tradición de cadmios, bermellones y amarillos de cromo, desde luego; pero con una tradición, que Gittes continúa y supera, de formas bien definidas en una atmósfera diáfana en la que la luz es afirmación—lo que debe ser—y no delirante pretexto para una frenética confusión, en la que perezcan y se anulen por un igual la línea y el color. Naturalmente, Menorca ha tenido la dicha—y Gittes ha comprobado la importancia que esto reviste—de no estar aherrojada a un prejuicio, a una fórmula estereotipada, a un tópico, en suma. Una frase sugestiva acerca de un país o de una personalidad entraña comúnmente un peligro, que no siempre es salvado inteligentemente. A veces la pasividad de los artistas y la inactividad de los «Fomentos» del Turismo pueden resultar beneficiosos.

---